

Sobre el método [La hipótesis 891 - Prólogo]

I

¿Un prólogo es interior o exterior al texto que precede? Como se sabe, el prólogo antecede desde el final: si bien abre el libro, es lo último que se escribe. No se trata, entonces, ni de un texto interior al libro ni de algo completamente exterior a él. Resulta ser, más bien, ambas cosas simultáneamente. Es exterior; sí, es "post". Habla desde "después" del cierre. Es un "segundo cierre" que abre. Pero en este recomienzo *—desde después—* hace existir al cuerpo mayor del texto de otro modo: como prolongándose en sí mismo: *proyectado*.

Esta prolongación no es un mero alargar, sino una operatoria que devela una forma de trabajo. Este libro es siempre *prolongación*: prolongación de un encuentro de taller, de un taller en muchos otros, de ellos en una primera publicación, de aquella en el cuaderno original (*Situaciones 4; Conversaciones con el MTD de Solano*), del cuaderno *—ya reeditado y vuelto a agotar—* en este libro que, a su vez, se prolonga en sus lectores, y se dispone a otras tantas prolongaciones posibles.

Los nombres de sus autores *—Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Solano y Colectivo Situaciones—* pueden, incluso, resultar *excesivos*. Tal situación fue evidente cuando quisimos inscribir legalmente la publicación. Para los organismos estatales a cargo de regular y registrar todo aquello que tenga forma de libro *—sea lo que sea que tenga capacidad de adoptar ese formato—* el *autor* es un dato inexcusable. Si por alguna razón ese *nombre* no estuviera disponible, pues, habrá que recurrir a un seudónimo (que siempre nombra a la persona del responsable, sea éste *autor* o *compilador*). Como sea, el *autor* debe aparecer: alguien debe hacerse responsable de lo que se dice.

No creemos ser excesivamente originales recordando que el "autor" *—autoría, de autoridad—* ha muerto. Este libro será entonces lo que otras fuerzas, otros devenires, sean capaces de hacer con él. Que el autor ha muerto no es sólo una frase a la moda; tiene implicancias concretas: quiere decir que nuestra intención de "autores" no es lo que cuenta aquí. Que ella es sólo un recurso, un elemento, un insumo en el que no vale la pena detenerse. Este prólogo, entonces, no intenta promover una cierta lectura "correcta" del texto *—si bien, inevitablemente, sugiere perspectivas—* ni anticipar conclusiones "adecuadas" a la intención de quienes participamos de su confección. Prolongación, aquí, no quiere decir restricción a las lecturas posibles, sino precisamente lo contrario: una ofrenda, el hecho de arrojar un objeto *—que condensa encuentros, pensamiento—* a las fuerzas de nuevos encuentros y pensamientos.

Y bien no *hay* "autor", pero sí *hay* un trabajo de pulsiones, pasiones, fuerzas, inspiraciones, pensamientos y afectos. Ellos son quienes demandan prolongaciones y epílogos. Ellos son quienes creen poder revelar, en lo que sigue, algo de sí mismos, a la que vez que agregar algunas pistas sobre la figura del *militante de investigación* *—juego de palabras aproximado para nombrar el precario equilibrio existencial que opera como fuerza productiva de una nueva forma del compromiso—*.

II

La *investigación militante*, tal como la entendemos, carece de *objeto*. Somos concientes del carácter *paradójico* de este enunciado *—si se investiga, se investiga algo; si no hay algo que investigar, ¿cómo hablar de una investigación?—* y, a la vez, estamos convencidos de que este carácter es lo que le da, precisamente, su *potencia*. Investigar sin objetualizar, de hecho, implica ya abandonar la imagen habitual del investigador. Y el *militante investigador* aspira a ello.

En efecto, la investigación puede ser una vía de *objetualización* (nuevamente, no es una originalidad de nuestra parte confirmar este viejo saber. Y, sin embargo, este efecto es uno de los límites más serios de la subjetividad habitual del investigador). Tal como lo recuerda Nietzsche, el hombre (y la mujer) teórico/a

—que es algo más complejo que el "hombre (y la mujer) que lee"— es aquel (o aquella) que percibe la acción desde un punto de vista del todo exterior (es decir, que su subjetividad está constituida de manera completamente independiente respecto de esa acción). Así, el teórico (o la teórica) trabaja *atribuyendo* una intención al sujeto de la acción. Seamos claros: toda atribución de este tipo supone, respecto del protagonista de la acción observada, un *autor* y una *intención*; le confiere valores y objetivos, en fin, produce "saberes" sobre la acción (y el actuante).

Por esta vía, la crítica queda ciega al menos respecto de dos momentos esenciales: por un lado respecto del *sujeto* —exterior— que la ejerce. El investigador no precisa investigarse. Él puede construir saberes consistentes sobre la situación en la *medida de —y, precisamente, gracias a—* su estar *afuera*, a la distancia prudencial que, se supone, garantiza cierta *objetividad*. Y bien, esa objetividad es auténtica y eficaz en la misma medida en que ella no es otra cosa que la contracara de la objetualización —*violencia*— de la situación *sobre* la que se trabaja.

Pero hay aun otro aspecto en que la crítica queda ciega: el investigador —en su acción de *atribuir*— no hace más que adecuar los *recursos disponibles* de su propia situación de investigación a las incógnitas que su objeto le presenta. El investigador, por esa vía, se constituye en una *máquina* de otorgar —a su objeto— sentidos, valores, intereses, filiaciones, causas, influencias, racionalidades, intenciones y motivos inconcientes.

Ambas cegueras, o la misma ceguera frente a dos puntos (respecto del *sujeto que atribuye* y respecto de los *recursos de la atribución*), confluyen en la configuración de una *única* operación: una máquina de juzgar el *bien* y el *mal* de acuerdo al conjunto de *valores disponibles*.

Esta modalidad de producción de conocimientos nos pone frente a un dilema evidente. La investigación universitaria tradicional —con su *objeto*, su *método* de atribución y sus *conclusiones*— obtiene, claro, conocimientos de valor —sobre todo descriptivos— respecto de los *objetos* que investiga. Pero esta operación descriptiva no es de ningún modo posterior a la conformación del objeto, sino que ella misma resulta ser productora de tal objetualización. A punto tal que la investigación universitaria será tanto más eficaz cuanto mejor emplee estos poderes objetualizantes. De esta forma —la *ciencia*— opera más como separadora —y cosificadora— de las situaciones en las que participa que como elemento interior de la creación de eventuales experiencias (prácticas y teóricas).

El investigador (o la investigadora) se ofrece él mismo como sujeto de *síntesis* de la experiencia. Es quien explica la racionalidad de lo que acontece. Y como tal queda preservado: en tanto necesario punto ciego de dicha síntesis. Él mismo, como sujeto *dador* de *sentido* queda exceptuado de todo autoexamen. Él y sus recursos —sus valores, sus nociones, su mirada— se constituyen en la máquina que clasifica, coherentiza, inscribe, juzga, descarta y excomulga. En fin, el intelectual es quien "hace justicia" respecto de los asuntos de la *verdad*, en tanto administración —adecuación— de lo que existe respecto de los horizontes de racionalidad del presente.

III

Y bien, hemos hablado del *compromiso* y de la *militancia*. ¿Es que estamos proponiendo acaso la superioridad del *militante político* respecto del investigador universitario?

No lo creemos. La militancia política es también una práctica con objeto. Como tal, ha quedado ligada a una modalidad de la instrumentalidad: aquella que se vincula con otras experiencias con una subjetividad siempre ya constituida, con saberes previos —los saberes de la *estrategia*—, provistos de enunciados de validez universal, puramente ideológicos. Su forma de ser con los otros es el *utilitarismo*: nunca hay *afinidad*, siempre hay "acuerdo". Nunca hay *encuentro*, siempre hay "táctica". En definitiva: la militancia política —sobre todo la partidaria— difícilmente pueda constituirse en una experiencia de *autenticidad*. Ya desde el comienzo queda atrapada en la *transitividad*: Lo que le interesa de

una experiencia es siempre "otra cosa" que la experiencia en sí misma. Desde este punto de vista, la militancia política –y no estamos exceptuando a las militancias de izquierdas– es tan exterior, enjuiciadora y objetualizante como la investigación universitaria.

Agreguemos el hecho que el militante humanitario –digamos, el de las ONG's– no escapa tampoco a estos mecanismos manipuladores. En rigor, la ideología humanitarista –ahora globalizada– se constituye a partir de una imagen idealizada de *un mundo* ya hecho, *inmodificable*, frente al cual sólo queda dedicar esfuerzos a aquellos lugares –más o menos *excepcionales*– en que aún reina la miseria y la irracionalidad.

Los mecanismos desatados por el humanitarismo solidario no sólo dan por cerrada toda creación posible sino que, además, naturalizan –con sus misericordiosos recursos de la beneficencia y su lenguaje sobre la *exclusión*– la objetualidad victimizante que separa a cada cual de sus posibilidades subjetivantes y productivas.

Si nos referimos al compromiso y el carácter "militante" de la investigación, lo hacemos en un sentido preciso, ligado a cuatro condiciones: a–el carácter de la motivación que sostiene la investigación; b–el carácter práctico de la investigación (elaboración de hipótesis prácticas situadas); c–el valor de lo investigado: el resultado de la investigación sólo se dimensiona en su totalidad en situaciones que comparten tanto la problemática investigada como la constelación de condiciones y preocupaciones; y d–su procedimiento efectivo: su desarrollo es ya resultado, y su resultado redunda en una inmediata intensificación de los procedimientos efectivos.

IV

De hecho, toda *idealización* refuerza este mecanismo de la objetualización. Este es un auténtico problema para la militancia de investigación.

La idealización –aún cuando ella recaiga sobre un objeto no consagrado a tales efectos– resulta siempre del mecanismo de la atribución (incluso si ésta no se da bajo la modalidad de las pretensiones científicas o políticas). Porque la idealización –como toda ideologización– expulsa de la *imagen* construida todo aquello que pudiera hacerla caer como *ideal* de coherencia y plenitud.

Sucede, sin embargo, que todo ideal –a contrapelo de lo que cree el idealista– está más del lado de la muerte que de la vida. El ideal amputa realidad a la vida. Lo concreto –lo vivo– es parcial e irremediabilmente inhaprensible, incoherente y contradictorio. Lo *vivo* –en la medida en que persista en sus capacidades y potencias– no precisa ajustarse a imagen alguna que le otorgue sentido o que lo justifique. Es a la inversa: es en sí mismo fuente creadora –no objeto o depositario– de valores de justicia. De hecho, toda idea de un sujeto *puro* o *pleno* no es más que la conservación de este *ideal*.

La idealización oculta una operatoria inadvertidamente conservadora: tras la pureza y la vocación de justicia que parece darle origen, se esconde –nuevamente– el arraigo de los valores dominantes. De allí la apariencia justiciera del idealista: quiere hacer justicia, es decir, desea materializar, efectivizar, los valores que tiene por buenos. El idealista no hace sino proyectar esos valores sobre lo idealizado (momento en el cual aquello que era múltiple y complejo se torna *objeto*, de un ideal) sin llegar a interrogarse a sí mismo sobre sus propios valores; es decir, sin realizar una *experiencia* subjetiva que lo transforme.

Este mecanismo termina por revelarse como el más serio de los obstáculos del militante investigador: al originarse en formas sutiles y casi imperceptibles, la idealización va produciendo una *distancia insalvable*. Al punto que el militante investigador no logra ver sino sólo lo que ha proyectado en lo que se le aparece ya como una plenitud.

De allí que esta actividad no pueda existir sino a partir de un trabajo muy serio sobre el *colectivo* mismo de investigación; es decir, no puede existir sin investigarse seriamente a sí mismo, sin modificarse, sin reconfigurarse en las

experiencias de las que toma parte, sin revisar los ideales y valores que sostiene, sin criticar permanentemente sus ideas y lecturas, en fin, sin desarrollar prácticas tanto hacia todas las direcciones posibles.

Esta dimensión ética remite a la complejidad misma de la investigación militante: la labor subjetivante de deconstruir toda inclinación objetualizante. En otras palabras: de realizar una *investigación sin objeto*.

Como en la *genealogía*, se trata de trabajar al nivel de la "crítica de los valores". De penetrarlos y destrozar "sus estatuas", como afirma Nietzsche. Pero este trabajo que está orientado por –y hacia– la *creación de valores* no se hace en la mera "contemplación". Requiere de la crítica radical de los valores en curso. De allí que implique una esfuerzo de *deconstrucción* de las formas dominantes de la percepción (*interpretación, valoración*). No hay, por tanto, creación de valores sin producción de una subjetividad capaz de someterse a una crítica radical.

V

Una pregunta se hace evidente: ¿es posible una investigación tal sin que a la vez se desate un proceso de *enamoramiento*? ¿Cómo sería posible el vínculo entre dos experiencias sin un fuerte sentimiento de *amor* o de *amistad*?

Efectivamente, la experiencia de la militancia de investigación se parece a la del enamorado, a condición de que entendamos por *amor* lo que cierta larga tradición filosófica –materialista– entiende por tal: es decir, no algo que le pasa a uno con respecto a otro, sino un proceso que como tal *toma* a dos o más. Lo que convierte lo "propio" en "común". De un amor así se *participa*. Un proceso tal, no se decide intelectualmente: *toma* la existencia de dos o más. No se trata de ninguna ilusión, sino de una experiencia auténtica de antiutilitarismo.

En el amor, en la amistad, al contrario que en los mecanismos que vinimos describiendo hasta ahora, no hay objetualidad ni instrumentalismo. Nadie se preserva de lo que *puede* el vínculo, ni se sale de allí incontaminado. No se experimenta el amor ni la amistad de manera inocente: todos salimos reconstituidos de ellos. Estas potencias –el amor y la amistad– tienen el poder de constituir, cualificar y rehacer a los sujetos a los que atrapa.

Este amor –o amistad– se constituye como una relación que indefinida lo que hasta el momento se preservaba como individualidad, componiendo una figura integrada por más de un cuerpo individual. Y, a la vez, tal cualificación de los cuerpos individuales que participan de esta relación hace fracasar todos los mecanismos de abstracción –dispositivos que hacen de los cuerpos cuantificados objetos intercambiables–, tan propios del mercado capitalista como de los demás mecanismos objetualizadores nombrados.

De allí que consideremos este *amor* como una condición de la investigación militante.

Y bien, a lo largo de este libro nos referimos varias veces a este proceso de *amistad* o *enamoramiento*, bajo el nombre –menos comprometedor– de la *composición*. A diferencia de la *articulación*, la *composición*, no es meramente intelectual. No se basa en intereses ni en criterios de conveniencia (ni políticas, ni de otro orden). A diferencia de los "acuerdos" y de las "alianzas" (estratégicos o tácticos, parciales o totales) fundados en coincidencias textuales, la *composición* es más o menos inexplicable, y va más allá de todo lo que se pueda decir de ella. De hecho –al menos mientras dura–, es mucho más intensa que todo compromiso meramente político o ideológico.

El amor y la amistad nos hablan del valor de la cualidad sobre la cantidad: el cuerpo colectivo compuesto de otros cuerpos no aumenta su potencia según la mera cantidad de sus componentes individuales, sino en relación a la *intensidad* del lazo que los une.

VI

Amor y amistad, entonces: la labor de la militancia de investigación no se identifica con la producción de una *línea política*. Trabaja –necesariamente– en

otro plano.

Si sostenemos la distinción -como intentamos hacerlo a lo largo de este libro- entre "la política" (entendida como lucha por el poder) y las experiencias en las que entran en juego procesos de producción de sociabilidad o de valores, podemos distinguir entonces al militante político (que funda su discurso en algún conjunto de certezas), del militante investigador (que organiza su perspectiva a partir de preguntas críticas respecto de esas certezas).

Sin embargo, es esta distinción la que a menudo se ha perdido de vista, creyendo ver en la experiencia del MTD de Solano -presentada como falso ideal; en particular, en el cuaderno *Situaciones 4- una línea política*, sin más.

En cierta medida, entonces, se ha creído ver el nacimiento de una línea "situacionista", como el producto idealizado del lenguaje -más bien, la *jerga*- de la publicación y la imagen que -aparentemente- el cuaderno transmite -al menos en algunos lectores- de la experiencia.

Detractores y adherentes de esta nueva línea han hecho de ella motivo de disputas y de conjuras. No podemos, al respecto, más que admitir que de todos los destinos posibles de este encuentro, estas *reacciones* son las que menos nos motivan, tanto por la improductividad manifiesta que resulta de tales repudios y adhesiones, como por la forma en que dichas idealizaciones (positivas o negativas por igual) suelen sustituir una mirada más crítica sobre quienes las realizan. Así, se adopta rápidamente una posición demasiado acabada frente a lo que pretende ser un ejercicio de apertura.

Y bien, ya hemos admitido que no podemos controlar las *interpretaciones*. Pero tal vez no hemos reflexionado sobre una cierta implicancia de este punto de vista. La muerte del autor convierte al *lector* en el sujeto responsable de crear un sentido a partir del texto. Y en esa operación misma, se *produce* el lector-autor (que no preexiste ni subsiste más allá de lo que pueda hacer con el texto). Así, el supuesto autor original ha perdido sus derechos a reclamar al lector lo que éste haga con su lectura. Lo que sí puede hacer el "autor" (como *cadáver hablante*) es leer las lecturas que se han hecho de su texto, es decir, intervenir como lector. Es sólo en ese carácter que nos pronunciamos aquí decididamente en rechazo abierto a la interpretación *puramente política* del presente texto.

VII

Demos un paso más en la construcción del concepto de una investigación *sin* objeto. *Interioridad* e *inmanencia* no son necesariamente procesos idénticos.

Dentro y *fuera*, *inclusión* y *exclusión*, son (si se nos permite tal expresión) categorías de la *ideología dominante*: suelen ocultar mucho más que lo que revelan. Esto es: la experiencia del militante de investigación no es la de estar *adentro*, sino la de trabajar en *inmanencia*.

Digamos que la diferencia puede ser presentada en los siguientes términos: el *adentro* (y por tanto el *afuera*) define una posición organizada *a partir* de un cierto *limite* al que consideramos *relevante*. Dentro y fuera remiten a la *ubicación* en relación de un cuerpo o elemento en relación a una disyuntiva o una frontera. Estar adentro es también -en esta línea- compartir una propiedad común, que nos hace pertenecer a un mismo *conjunto*.

Este sistema de referencias nos interroga por el lugar en donde estamos *situados*: nacionalidad, clase social, o bien sobre el sitio en que elegimos *situarnos* frente a... las próximas elecciones, la invasión militar a Colombia o la programación de los canales de cable...

En el extremo, la *pertenencia* "objetiva" (aquella que deriva de la *observación* de una propiedad común) y la "subjetiva" (aquella que deriva de una *elección* frente a) se unen para alegría de las ciencias sociales: si *somos* trabajadores desocupados podemos *optar* por ingresar a algún movimiento piquetero; si *somos* de la clase media podemos *optar* por *ser parte* de alguna asamblea vecinal. Sobre la *determinación* -pertenencia común a un mismo conjunto, en este caso la clase

social- se hace posible -y deseable- la elección (el grupo de comunes con quienes nos agruparemos).

En ambos casos el *estar adentro* implica respetar un límite preexistente que distribuye de manera más o menos involuntaria lugares y pertenencias. No se trata de desconocer las posibilidades que derivan del momento de la elección -que pueden ser, como en el caso de estos ejemplos, altamente subjetivante-, sino de distinguir el mero "estar" y su "adentro" (o "afuera", da igual), de los mecanismos de producción subjetiva que surgen a partir de desobedecer estos destinos. En el límite, no se trata de reaccionar frente a opciones ya codificadas cuanto de producir uno mismo los términos de la situación.

En este sentido vale la pena presentar la imagen de la *inmanencia* como otra cosa del mero *estar adentro*.

La *inmanencia* refiere una modalidad de *habitar la situación* y trabaja a partir de la *composición* -el amor o la amistad- para dar lugar a *nuevos posibles materiales* de dicha situación. La inmanencia es, pues, una copertenencia *constituyente* que atraviesa transversal o diagonalmente las representaciones del "adentro" y el "afuera". Allí donde la interioridad reclama un estar que se agota en la pertenencia y la adhesión, la inmanencia implica habitar la experiencia, abriéndola a las nuevas potencias que anidan en la composición.

En resumen: *inmanencia, situación, composición*, son nociones internas a la experiencia de la militancia de investigación. Nombres útiles para las operaciones que organizan un devenir común y, sobre todo, *constituyente*. Si en otra experiencia devienen jerga de una nueva línea política o categorías de una filosofía a la moda -asunto que no nos interesa en lo más mínimo- obtendrán, seguramente, un nuevo significado a partir de esos usos que no son los nuestros.

En otras palabras: la diferencia operativa entre el "adentro" de la representación (fundamento de la *pertenencia* y la *identidad*) y la *conexión* de la inmanencia (el devenir *constituyente*) pasa por la mayor *disponibilidad* que esta última forma nos otorga para participar de nuevas *experiencias*.

VIII

Parece que hemos llegado a producir una diferencia entre el *amor-amistad* y las formas de objetivación contra las que pretende alzarse la figura -precaria, insistimos- del militante investigador.

Sin embargo, no hemos ingresado aún en el asunto -fundamental- de la ideologización del *enfrentamiento*.

La lucha activa capacidades, recursos, ideales y solidaridades. Como tal nos habla de una disposición vital, de dignidad. En ella, el riesgo de la muerte no es buscado ni deseado. De allí que el sentido de los compañeros muertos no sea nunca pleno, sino doloroso. Este dramatismo de la lucha es, sin embargo, banalizado cuando se *ideologiza* el enfrentamiento, hasta postularlo como sentido excluyente.

Cuando esto sucede no hay lugar para la investigación. Como se sabe, ambas -ideología e investigación- tienen estructuras opuestas: mientras la primera se constituye a partir de un conjunto de certezas, la segunda sólo existe a partir de una gramática de las preguntas.

Sin embargo, la lucha -la lucha necesaria, noble- no lleva de por sí a la exaltación del enfrentamiento como sentido dominante de la vida. Sin dudas que el límite puede parecer algo delgado en el caso de una organización en lucha permanente como una organización piquetera y, sin embargo, dar por sentado este punto sería prejuzgar.

A diferencia de la subjetividad militante que suele sostenerse en un sentido dado por la polarización extrema de la vida -la ideologización del enfrentamiento-, las experiencias que buscan construir otra sociabilidad procuran activamente no caer en la *lógica del enfrentamiento*, según la cual la multiplicidad de la experiencia se reduce a este significante dominante.

Y bien, el *enfrentamiento*, por sí mismo, *no crea valores*. Como tal, no va más allá de la distribución de los valores dominantes.

El resultado de una guerra nos indica quiénes se apropiarán de lo existente. Quién tendrá el derecho de propiedad de los bienes y los valores existentes.

Si la lucha no *altera* la "estructura de sentidos y valores" sólo se asiste a un cambio de roles, lo que es toda una garantía de supervivencia para la estructura misma.

Llegados a este punto se dibujan frente a nosotros dos imágenes completamente diferentes de la justicia -porque en definitiva de eso se trata-. De un lado, la vía de la lucha por la capacidad de ejercer la *máquina de juzgar*. Hacer justicia es atribuirse para sí lo que se considera lo justo. Es interpretar de otro modo la distribución de los valores existentes. La otra, sugiere que de lo que se trata es de devenir *creador* de valores, de experiencias, de mundo.

IX

Este prólogo afirma que el libro que se nos abre a continuación no habla de una experiencia-*modelo*. Es más, sostiene -insistentemente- afirmarse contra la existencia de tales ideales. Se dirá; -y con razón- que una cosa es declamar este principio y otra muy diferente es alcanzarlo prácticamente. Se podrá concluir también -y acá comienzan nuestras dudas- que para que este noble propósito sea realidad haría falta hacer explícitas "nuestras críticas" (en este caso, del *Colectivo Situaciones* al *MTD de Solano*). Y bien, si se observa bien la demanda, se vería hasta qué punto lo que se nos estaría pidiendo sería *guardar* el *modelo*- ahora de manera negativa- para comparar la *experiencia real* al *modelo ideal*, mecanismo que utilizan las ciencias sociales para extraer sus "juicios críticos".

Como se ve, todas estas reflexiones sobre la crítica y la producción de conocimientos no son asuntos menores, y no lo son porque atañen a formas de la justicia (y el juicio no es otra cosa que la forma judicial de la justicia). Este libro no puede ofrecer nada parecido a un hecho jurídico, ni provee recursos para hacer juicios con otras experiencias. Más bien lo contrario es cierto: si algo hemos pretendido sus "autores" -cadáveres que hablando, escriben- ha sido ofrecer una imagen diametralmente opuesta de la justicia jurídica, es decir, una justicia fundada en la *composición*. ¿Para qué sirve esto? No hay respuestas previas.

C.S., 17 de octubre de 2002